

La primera vez que leí a Margaret Atwood cometí el error pueril que todos los malos lectores cometemos: esperé algo de su texto. En lugar de guiarme por los sabios consejos de Maupassant, juzgué lo que me parecieron ciertas resonancias de Doris Lessing en su voz narrativa, algo del tono urgente carveriano, mínimas elipsis sospechosamente parecidas a los momentos chejovianos de máxima saturación del lenguaje.

En otras palabras, no entendí nada de lo que esta fabulosa escritora proponía. Con los años entendí que la voz narrativa no es algo puro y exento de influencias, porque nadie es intelectualmente autónomo y el estilo parte de un conglomerado de asuntos difíciles de explicar. ¿Quién que haya leído a Lessing, Willa Cather, Alice Munro a Samantha Schweblin o Atwood se podría resistir a estar influenciado por ellas?

Todo lo que he leído de la escritora Margaret Atwood presenta una consistencia literaria impertinente, una agónica lucha entre la luz y la tiniebla que solo se resuelve en favor de claroscuros integrados en dimensiones, claro, literarias.

Este es el germen de la buena literatura y las excelentes narraciones de Atwood: literatura que se puede leer en varios sentidos, que aunque denuncia entramados genocidas o sistemas políticos corruptos como el patriarcado, en ningún momento alecciona o propone soluciones ridiculizando a sus personajes (en última instancia el mismo lector, que como hacía yo le buscaba parecidos a la escritora), sino acariciándolos —a veces con dureza que estremece, sí— con la mirada del narrador protagonista o testigo que más allá de evaluar a los demás o a su personaje, evalúan la misma eternidad.

Y tratando temas tan dispares como la infancia, la adolescencia, el patriarcado, el mundo laboral, las miradas divergentes de cada género hacia el sexo, cómo se reconfigura la amistad después de la madurez en reuniones relámpago de fin de semana, cómo se soportan la soledad y la vejez después de un autoengaño que ha funcionado durante décadas, cómo lo que parece acoso sexual es el momento de gloria de una vida lanzada al abismo por una familia desentendida, siempre un tinte de humor negro, una levísima sugerencia de que «aquí no ha pasado nada, aunque haya ocurrido de todo porque esa es la esencia del universo» se conforma como una atmósfera-campana tangible que abrumba por la aparente sencillez de su construcción mientras arropa a todos los personajes.

Los mejores relatos de Atwood me recuerdan siempre a los mejores momentos de Lessing en *El cuaderno dorado* y *El quinto hijo*. No por el parecido en la voz narrativa, sino por la luminosa señal con algo de divino que unge el trazado literario de esas tramas, esos argumentos, esa acción narrativa y los convierte en algo mejor que la vida: en literatura.

El relato que reseñamos hoy, *El peso*, forma parte del libro *Un día es un día*.

Desde el primer momento conocemos al narrador identificado con la protagonista que está cenando con un tal Charles. La cena no parece en ningún momento de placer. La narradora está cenando con alguien a quien quiere engatusar.

Este alguien es rico, apuesto, seguro de sí mismo y está en guardia. Pronto la voz interior en la narración se escinde de la acción principal en una digresión que señala el pasado de la protagonista. Su relación con la amiga del alma (Molly) con la que estudió la carrera de derecho, compartió los mejores años, rio a mandíbula batiente inventando onomatopeyas para aludir a los tópicos inevitables de una sociedad patriarcal:

«Esfuézate el doble para destacar menos que los hombres mientras estudias, para luego depender de uno de ellos que se esforzó la mitad».

Pronto la protagonista escinde también la actitud de ambas ante la sociedad patriarcal; Molly besa sapos, ella los odia, aunque se relaciona con ellos porque los necesita. Para esta reflexión tiene la palabra 'realidad' en aquella época. Su amiga lo hubiera tildado de 'cinismo', nos dice. Pronto nos explica con una claridad y una eficiencia de escritora (abogada escritora) que lucharon juntas por cambiar un mundo corrompido, hediondo y malsano al que no hubiera traído hijos ni loca. Abanderaron la lucha feminista, rompieron con los tópicos letales de una sociedad malsana en la que estar integrado significaba no tener principios éticos y someterse a un mundo de hombres.

La reflexión se corta y prosigue la cena.

Hábilmente, Atwood devuelve a la protagonista a la consecuencia lógica de ese mundo contra el que revelaron pero que décadas después permanece inalterable. Está cenando con un hombre rico, dominante, del que depende algo que la protagonista quiere conseguir. Lo que quiere conseguir es una contribución del empresario millonario a un asilo de mujeres maltratadas.

La narradora nos lleva de viaje por una dolorosa claudicación, pero también por una apuesta que no sabemos hasta el final, quizá entonces tampoco, si es esperanzada o desesperante. El hombre despliega los tópicos habituales para evitar contribuir, «el dinero nunca llega», «esto no cambiará la situación de esas mujeres»... Pero la protagonista nos regala unas prognosis atinadas y sarcásticas de las futuras respuestas que nos hacen sonreír, sin apartar la sensación de amargura y sometimiento. Cuando el hombre parece que va a escapar de la contribución, ella recurre al ego, y el ego es algo que nunca defrauda. Al sugerir que otro antiguo pretendiente de ella contribuyó cierta cantidad, el hombre se siente obligado a contribuir para no quedar como un tacaño (y por pura competición masculina, claro).

Mientras tanto las reflexiones internas nos devuelven al pasado, en el que como un sumidero que absorbe la energía vital y la transforma en inmundicia, vemos que sus sueños fueron succionados y ella adoptó la actitud cínica y cómoda de una vida fácil (que en absoluto lo es) que envidian todas las amigas casadas. No así su amiga, que lideró el movimiento y creyó hasta las últimas consecuencias en que era posible cambiar el mundo. Las últimas consecuencias son exactamente eso, las últimas consecuencias, y su amiga acabó maltratada, asesinada y desmembrada por un hombre con el que creía compartirlo todo hasta que empezaron a revelarse determinadas psicopatías.

Volvemos al restaurante y vemos que el hombre intenta una última salida para escaquearse de la contribución, pero nuestra protagonista no solo está alerta, conoce todos y cada uno de los recovecos del laberinto de los tópicos (una sutil y enternecedora regresión a la época en la que inventaba las palabras para ello con su amiga), así que le aligera la conciencia con una frase parecida a esta:

«Me encantaría cenar contigo, pero no como el precio de tu donativo. Primero da, y luego seguimos con la conciencia tranquila».

En la devastación que supone el frontón contra el que rebotan estas palabras (él, conquistador confiado, ni imagina que es exactamente como se siente ella) y el final del relato, encontramos una punta de luz que alumbra el desgano estoicismo con el que ha asumido ella el resto de una vida solitaria en la que las amigas le regalan folletos de viajes en barco para echarse un marido. El miedo vence: el miedo a la soledad, a la pérdida, a la relajación mental. Ella misma reconoce no saber qué pasará con este hombre o con su vida en la siguiente semana.

Pero ha retomado la lucha, una lucha que sabe perdida de antemano y se ha hecho tan grande como la memoria de la amiga muerta le ha permitido ser.

«Fue la esperanza lo que la mató».

Molly quiso darle una última oportunidad al paranoico Curtis, oportunidad que él aprovechó para desmembrarla. Atwood no lo cuenta (y es de agradecer), pero intuimos que entre esa aceptación del mal propia del cinismo y esa aceptación con resistencias, que es la lucha ideológica, se halla un alma tan crecida y confiada como la del millonario. Pero con motivo. La narradora se permite una broma macabra como las que gastaban cuando eran jóvenes e inmediatamente le pide perdón a la amiga muerta y se pregunta si hubiera reído la broma. Se responde que sí. El sentido del humor, qué duda cabe, ayuda a mitigar el dolor y el desamparo.

Lean con todo el deleite, tristeza y parsimonia (a veces un acto vital para entender los relatos de Atwood está en una sola acción, arropada por una sola frase de un párrafo perdido) a una voz narrativa con poder, verosimilitud y significación.

RUBÉN MUÑOZ HERRANZ



Narrativa y gramática on line
www.electrobardo.com



Taller de narrativa
El Electrobardo